

# LA NUEVA CRIMINALIZACIÓN DEL CONCEPTO DE SEXO

## (Una historia de ciclo corto dentro de otra de ciclo largo)

Efigenio Amezúa\*

Frente a los avances que la Sexología ha logrado en la primera mitad del siglo veinte con relación a la clarificación y dignificación del hecho de los sexos y su entronque en la biografía de los sujetos, se analizan algunos indicadores que apuntan a un rebrote de actitudes agresivas contra algunos aspectos centrales del mismo concepto de sexo. Es lo que algunos autores, como Money, han denominado nuevo antisexualismo creciente.

En este trabajo se presenta, como foco de ese antisexualismo denunciado, la génesis de la tentación de abandonar el concepto de sexo y su substitución por el de género. Siguiendo el análisis desde una perspectiva de ciclos cortos y largos en historia, este fenómeno se presenta como una efemérides reactiva, como un ajuste de cuentas con el pasado más que como un avance sólido y duradero, si bien de altos costos en el proceso de dignificación social de la sexualidad, especialmente por la confusión que genera.

**Palabras clave:** historia de la sexología, epistemología, Money, sistema sexo-género, antisexualismo

***THE NEW CRIMINALIZATION OF THE CONCEPT OF SEX** (A short cycle trend, built in a long cycle history). During the first half of the 20th century, numerous advances were made in the field of Sexology devoted to clarifying and dignifying the concept of sex as a framework of the individuals biography. This article analyses some indications of a new outbreak of aggressive attitudes aimed at some central aspects of the concept of sex. Some authors, like Money, have qualified this trend as a new growing antisexualism.*

*In this paper the core of this reported antisexualism is explained in terms of the origin of a temptation to abandon the concept of sex and replace it by that of gender. This phenomenon is analysed from a historical perspective that considers both short and long cycles. From this point of view, it appears not as a solid and lasting improvement but as a revenge on the past, implying a high cost in terms of social dignification of sexuality. This is true, especially, because of the confusion it generates.*

**Keywords:** history of sexology, epistemology, Money, sex-gender system, antisexualism

Mientras se disfruta de una legítima libertad sexual en muchos niveles, apenas se ha producido reflexión crítica acerca del nuevo concepto de sexo que se ha ido fraguando durante las tres últimas décadas. Este fenómeno se ha mantenido dentro de círculos minoritarios, hasta que ha empezado a asomar al exterior de formas variadas, en ocasiones incluso haciendo alarde de modernidad y progreso. Sin embargo, existen sólidas razones para pensar que se trata de un fenómeno regresivo. Más aún, analizado a la luz de una

historia de ciclo largo, puede hablarse de una corriente claramente reaccionaria.

Contrariamente a otros fenómenos, más centrados en la moral, lo nuevo de éste reside en sus conceptos. Tal vez por ello resulte más complejo y enmarañado. Si repasamos la historia de la Sexología como disciplina, nos encontramos con una fase de vigor teórico en la que fueron elaborados y establecidos una serie de conceptos centrales que permitieron explicar el hecho de los sexos y sus variedades. Estos conceptos *-procesos de sexuación;*

\* Director de los Estudios de Postgrado de Sexología. Universidad de Alcalá de Henares. Instituto de Sexología (In.ci.sex.). c/ Vinaroz, 16. 28002 Madrid, España

*sexualidad, intersexualidad; caracteres sexuales primarios, secundarios y terciarios, etc.*- resultaron claves para la comprensión de los sujetos de uno y otro sexo, su construcción, configuración, así como las interacciones entre ellos (Amezúa, 1991).

Cronológicamente, esta fase de la Sexología ocupó el primer tercio del siglo XX, teniendo como principal ubicación geográfica algunos países de Europa. La ascensión de los fascismos y, sobre todo, la Segunda Guerra Mundial, significaron, no sólo un duro golpe para la disciplina sino, lo que es más, su traumática desaparición. Como es sabido, la hegemonía fue ejercida, como en otros campos, por los Estados Unidos de Norteamérica. Encontramos un indicador de este fenómeno en el hecho de que, frente a la ignorancia u olvido de los protagonistas de la Sexología europea -y es preciso no incluir aquí a Freud por no pertenecer éste a la Sexología sino al Psicoanálisis-, algunos líderes de la nueva Sexología norteamericana han acabado resultando familiares en el sentido popular, traspasando así la frontera de su especialidad, como es el caso de Kinsey o Masters y Johnson. Su influencia ha resultado tan poderosa que no sólo consiguió eclipsar a la producción anterior como referencia, sino que se logró difundir el mensaje de que se estaba produciendo la primera y única aportación científica y válida en Sexología. Dicho de otro modo: que la Sexología acababa de nacer.

Con este error histórico de fondo el tema central de la disciplina pasó a ser, aparentemente, el de la *conducta sexual*, dejándose de lado otros núcleos de mayor interés explicativo, planteados en la fase inmediata anterior. Aunque, si bien estos autores de míticos nombres centraron sus estudios en la *conducta sexual*, otros estudiosos tratarán de rellenar el vacío conceptual, retomando algunos temas que habían quedado desbancados por la espectacularidad de éste. El caso de John Money puede ser ejemplar a este respecto. Si bien su nombre nunca ha llegado al gran público por no haber centrado sus trabajos en

los aspectos conductuales, sus obras no han dejado de aportar valiosas e influyentes contribuciones en torno a los otros grandes temas señalados. Por ejemplo, sobre la sexuación de los sujetos, sus identidades masculinas y femeninas, así como la articulación de éstas y sus representaciones sociales, la privacidad y sus imágenes públicas -léase sus *roles* o papeles-. Y es precisamente alrededor de estas cuestiones que se producirá un acontecimiento sin precedentes en la historia. Se trata de la propuesta de supresión del concepto central de la misma sexología, es decir de la noción de sexo, obra que será llevada a cabo por el propio Money. Ahí comienza a gestarse lo que él mismo, años más tarde, paradójicamente, no dudará en denominar "escalada de anti-sexualismo reinante". Pero empecemos por el principio...

#### **La exclusión del concepto de sexo**

Haciendo historia -en este caso, pequeña historia de ciclo corto, puesto que se trata sólo de las últimas décadas, las de hegemonía norteamericana- cuenta Money cómo se vio *obligado* a prescindir del sexo como concepto. Fue al estudiar y formular sus datos relativos a una amplia casuística de identidades con problemas de ambigüedad sexual -hombres considerados femeninos, mujeres masculinas, hermafroditismos verdaderos o aparentes, transexualidades y otras manifestaciones, incluida la misma homosexualidad- cuando encontró que el concepto *sexo* como frontera divisoria terminaba por resultarle estrecho, coercitivo, rígido... De esta forma, lo que empezó como una cuestión puntual, acabó implicando al conjunto de etapas -o proceso- a través de las cuales un individuo se va haciendo niño o niña, hombre o mujer, y cuya peculiar concreción en cada sujeto da cuenta de las variedades y diversidades sin fin que se nos muestran en el hecho de los sexos. Sucedió esto en la inmediata postguerra, cuando el joven neocelandés, ya ciudadano norteamericano, preparaba su tesis doctoral que defendería en la Universidad de Harvard en

1952 con el título *Hermaphroditism: An Inquiry into the Nature of a Human Paradox* (Money, 1955, 1967), y cuyos datos y conclusiones serían la base de publicaciones futuras.

Los sexólogos europeos de décadas anteriores -algunos aún en vida cuando Money empezaba sus trabajos- habían debatido y establecido que el concepto moderno de sexo no es sólo una frontera o línea divisoria, sino más bien una realidad multifactorial y compleja; estructura ni exclusivamente biológica ni únicamente social sino, sobre todo, biográfica y, como tal, no un resultado, sino un proceso. Es necesario insistir: no se trataba ya del estereotipo *fantasmaticado* y al uso popular, sino de un nuevo concepto operacional. Precisamente debido a estos avances se hizo necesaria la creación de otros conceptos y subconceptos auxiliares capaces de dar cuenta de modos, matices y peculiaridades, sin tener que recurrir a las viejas patologías o anomalías. Puede afirmarse, pues, que en los años anteriores a la Segunda Gran Guerra se contaba con un articulado campo conceptual con la suficiente flexibilidad como para ser capaz de explicar las variedades sin por ello renunciar a los mínimos propios de las identidades individuales (Marañón, 1975).

### **El hallazgo de la “umbrella”**

No obstante, en concordancia con la estrategia consustancial a la nueva hegemonía norteamericana de empezar todo de nuevo y como si nada se hubiera trabajado, Money describe su malestar ante un concepto de sexo que ve tan rígido y tópico, estrecho e incapaz de dar cuenta de fenómenos *nuevos* en los que su aplicación lo único que haría sería complicar lo que podría ser más simple recurriendo a nuevas conceptualizaciones. Y, sin especial pudor -ni una sola de las grandes contribuciones anteriores es citada en las argumentaciones que justificarían esta decisión- opta por *hacer borrón y cuenta nueva*, con la creación de un nuevo término y concepto: así nació el

*género*. Este sí, afirma Money, contaría con la virtud de la multivariabilidad, evitaría la rigidez y las connotaciones genitales excesivamente biológicas o morfológicas, los estereotipos tipificados de hombres y mujeres en conflicto con sus papeles sociales, y las confusiones entre estos últimos y las identidades personales.

El nuevo concepto -siempre según su *descubridor*- ofrecía libertad de movimiento para situar a gusto variables y terminologías nuevas que no encajaban con el concepto de sexo, lo mismo en el orden de las intimidades individuales que en el de las representaciones sociales o los estatus públicos. Con él se podía transitar más fácilmente de uno a otro sexo sin restricciones, cambiar de identidad si el guión social exigía unas u otras opciones; definía mejor unos perfiles masculinos, femeninos o *ambiguos* para explicar las congruencias o incongruencias entre la biología y la cultura, entre lo innato y lo adquirido, etc. En definitiva, frente al sexo, cargado de connotaciones sin fin, el nuevo concepto tenía la ventaja de ser *virgen* y, por lo tanto, acomodaticio y plástico, versátil y maleable. Por todo ello, resumiendo aquellos años de sus primeros escritos, Money no duda en concluir con esta afirmación tajante: “*El género, y no el sexo, es ese término **umbrella** bajo el que deben cobijarse otros conceptos y subconceptos para entenderse en este campo*” (Money, 1985a).

### **La metáfora del teatro**

¿Por qué precisamente ese término y no otro? La respuesta está en una metáfora. “*En el teatro* -escribe Money, haciendo historia de nuevo- *un actor representa un papel (role). Un buen actor puede continuar la representación de su papel más allá del escenario. Un papel de género (gender role) no es tan efímero. Es cuestión de la persona que da vida a su papel y lo vive cada día no sólo en la representación escénica sino de forma indefinida. De ahí que un papel de género (gender role) no tenga por qué reducirse a la transcripción o representación de un guión social dictado como el de una*

*pieza de teatro sino que pueda ser vivido de primera mano como la identidad de género de uno mismo (one's own gender identity) y que se manifiesta a los otros a través de lo que uno dice y hace"* (Money, 1985b).

De esta forma escueta justifica el autor la adopción de la nueva terminología que pronto iba a extenderse en inglés y difundirse a través de traducciones en distintas lenguas para señalar que el hacerse masculino o femenino, es decir de uno u otro sexo, es cuestión de representación de un papel y de identificación con él. Un papel masculino, femenino o ambiguo, hetero u homosexual, etc. termina por asumirse como una identidad, no siendo necesario para explicar este proceso recurrir al concepto de sexo. Cuando unos años más tarde, Robert Stoller desarrolle el más difundido *sistema sexo-género*, expuesto primero en el *Congreso Internacional de Psicoanálisis de Estocolmo*, en 1963 (Stoller, 1964) y luego, de forma más elaborada, en su obra titulada precisamente *Sex and Gender* (Stoller, 1968), Money insistirá en que no se trata de compaginar el sexo con el género, ni de oponerlo, sino de acabar con un concepto para empezar desde cero con otro nuevo.

La reiterativa alusión al descubrimiento y la insistencia en su autoría no cesará: *"He llegado a ser internacionalmente conocido (...) como el primero en formular y definir el concepto de rol de género, más tarde extendido para incluir la identidad, como en la fórmula gender-identity/role (G-I/R)"*, declaraba en un texto de su primera biografía profesional (Money, 1986). Y, con la reiteración, su conciencia de haber contribuido a iniciar una nueva era en la Sexología. Frente a la que llama "herencia del mito bíblico" –"hombre y mujer los creó Dios"– Money resalta la plasticidad ofrecida por la ciencia. "Del mito a la ciencia", es una expresión usada frecuentemente en sus escritos como presentación de sus aportaciones, entre las que ésta del advenimiento del género adquiere en ocasiones los rasgos de una epopeya.

En la línea de los grandes autores, Kinsey había sido proclamado por *The New York*

*Times* "el nuevo Colón del sexo"; Masters y Johnson fueron recibidos como los iniciadores de la nueva sexología liquidadora de los últimos restos de la época Victoriana. Sin duda Money, aunque en un círculo más restringido, apunta aún más alto. En su metáfora escénica se diría un dios del Barroco: el de *El Gran Teatro del Mundo*, repartidor de papeles (roles), que conmina a los actores a identificarse con ellos y a representarlos. ¿Salimos de la historia de la Sexología para entrar en la Teología? Los mismos dioses de nuestra Grecia clásica hacían a los mortales representar sus dramas sin otra participación que la de ser sus actores. Hoy, para volver a los humanos, los guiones o textos sociales de cada individuo les harían "personajes".

### **Preguntas y Respuestas**

Algunas preguntas son inevitables. ¿Dónde está el sujeto, el individuo, en este *Gran Teatro*? ¿Cómo distinguir el plano de su realidad del de la representación, si es esto planteable? ¿Dónde está, tras este gran montaje, la biografía, esa noción recurrente en la anterior fase de la Sexología? Esta y otras preguntas surgen de forma inevitable desde la historia de la Sexología, la de ciclo largo. He aquí alguna más: ¿A qué obedeció exactamente una decisión como ésta de la supresión del sexo, este plan de *borrón y cuenta nueva*? ¿Pasó personalmente Money en muy pocos años por un intenso debate en solitario que a otros había ocupado durante varias décadas sin que él tuviera conocimiento? He aquí una posible explicación: Money estuvo convencido hasta hace poco de que la Sexología había empezado con Freud. Pero, como el mismo Freud afirmó repetidamente, él no había fundado la Sexología sino el Psicoanálisis. Precisamente sus diferencias con los sexólogos no se le ocultaron nunca. Piénsese en Ellis, en Bloch o en Hirschfeld, autores con los que Money no parece contar.

Una nueva pregunta giraría en torno al carácter personal del mismo autor de esta

innovación, tan aventurero como arriesgado, tan interesante como temerario. Las aportaciones de Money son, o pretendían ser, de una gran repercusión. ¿Constituye esto un error en su biografía? *“Intelectualmente, me considero un explorador, más que un constructor de conceptos”*, confiesa sibilinamente en los apuntes antes citados sobre su línea profesional. Por otra parte, ¿puede elaborarse sobre la base de una metáfora un concepto nuclear que pretende ser científico? Y una nueva observación: Si se había logrado ya integrar el hecho de los sexos en el desarrollo del sujeto y por lo tanto entender la sexualidad como factor de su subjetividad, la nueva vía no es otra cosa que el vaciamiento de ese contenido. Ser actor y representar un papel, por mucho empeño que se ponga en ello, no es ser autor y partícipe del proyecto propio y personal.

Ajeno a estos interrogantes, Money asiste con entusiasmo a la expansión de su éxito: *“Al comienzo resultó extraño y funny explicarse mediante estos términos prestados de la gramática puesto que el vocablo **género** era sólo un recurso gramatical sin contenido en sexología. Pero pronto, en una década, sería adoptado e introducido en el Dorland’s illustrated Medical dictionnary... Y así en otros espacios”* (Money 1982). Con el paso de los años, las definiciones del nuevo concepto se amplían y reafirman. He aquí una de 1980: *“La identidad de género es la experiencia privada del rol de género; y el rol de género es la expresión pública de la identidad de género. La identidad de género es la unidad y persistencia de la individualidad propia, en mayor o menor medida, como varón, hembra o ambivalente, especialmente tal y como esto es vivido en la propia conciencia y en la conducta. El rol de género es lo que una persona dice o hace para mostrar a los otros o a sí mismo en qué medida es varón o hembra o ambivalente.”* (Money, 1980: 215). Como puede observarse, la noción de sexo -y, por supuesto, la de sexualidad- se ha hecho innecesaria.

### La Denuncia

Sin embargo, frente a la continua exaltación de las bondades del nuevo constructo, en 1984 aparecen las primeras sombras. Sucede esto con ocasión de la ponencia de Money en el décimo encuentro de la *International Academy of Sexual Research*, que tuvo lugar en Cambridge, en la que Money aprovecha para hacer un balance de las tres últimas décadas transcurridas desde su “experimento” y que termina convirtiéndose en una denuncia desde el mismo encabezamiento: *The Conceptual Neutering of Gender and the Criminalization of Sex*. El texto, que será publicado al año siguiente (Money, 1985a) merece una lectura detenida de la que aquí solamente apuntaremos lo esencial: el antisexualismo y la criminalización del sexo, a juicio del autor, avanzan de forma manifiesta e imparable; durante los últimos años, sigue afirmando, estamos asistiendo a una situación aterradora que nada tiene que envidiar a la época de los fascismos nazis (sic) y al tinte prehitleriano bajo la irresistible ascensión de una moda conocida como *politically correct* relativa a la reglamentación y vigilancia en todo lo que concierne a las relaciones entre los sexos.

De lo que no parece ser consciente Money es de lo que él, directa o indirectamente, ha podido contribuir a la creación de la situación que denuncia. Ciertamente, la expansión de un concepto ha neutralizado al otro. Hay, sin embargo, otra lectura aún más radical: es precisamente la atracción por lo neutro e indefinido, en oposición a los perfiles de las identidades personales, lo que ha facilitado la entusiasta aceptación de la noción de género que Money introdujo. Es la dessexualización de los sujetos, es su *generalización*, es el desdibujamiento de sus sexualidades y, con él, de sus identidades como sujetos sexuales. Es ésta la otra cara del éxito del concepto cuando es analizado desde una historia de la sexología de ciclo largo, historia que para muchos sigue reduciéndose a la caricatura del sexo como *lo que se hace*, o sea la conducta, y no como el

contenido configurador de los sujetos y por lo tanto de sus identidades y vivencias, como hombres y mujeres, es decir, sexuados.

### La “gender gap”

Sin embargo, el éxito del nuevo constructo no se ha debido a la Sexología. Ha habido otros factores que lo han amplificado y difundido, tras los que existen intereses no precisamente epistemológicos. El mismo Money señala, entre estos, el *gender gap* o perspectiva de género, que ha prendido en los movimientos feministas de la tercera fase, conocidos como feminismos de la igualdad -contra toda clase de diferencias e identidades por razón del sexo-, para los que el género constituyó un descubrimiento que permitía, no sólo *desertar* del sexo, sino *finiquitarlo*, convirtiéndolo en foco de negatividad -léase de “sexismo”-. Connotado el sexo con toda clase de sentidos odiosos, desde tantos puntos de vista, el género se presentaba también en este caso como la solución hasta entonces no encontrada. Dos décadas después de la creación del nuevo concepto, en los años setenta, el feminismo conocido como radical tomará conciencia del “descubrimiento” (Rubin, 1975), le dotará de poder de lucha y le hará sinónimo y emblema de liberación de la mujer.

A partir de ahí, el sexo, estigmatizado como causante de la discriminación de la mujer -*esclava de su sexo*-, se convierte en el auténtico adversario, del que, al fin, liberarse constituye el gran objetivo. Ya no hace falta luchar contra el patriarcado opresor. El gran enemigo, respecto del que hay que tomar postura y al que hay que abatir es el sexo, única raíz de la opresión y la discriminación. El *concepto* de sexismo nace así como constelador de esta denuncia *generalizada*.

Las teóricas del feminismo radical han incorporado el género no ya como *umbrella*, en los términos de Money, sino como quicio de su pensamiento, según sus propias declaraciones (Vance, 1980). Se produce una elaboración de materiales educativos acordes con la

nueva conceptualización; se censuran de forma directa los discursos, hablados o escritos: donde se decía o escribía “sexo” o “los sexos”, se ha impuesto decir o escribir “género” -a no ser, claro está, que se trate de conductas estrictamente negativas y condenables, para las que “sexo” sigue siendo el término adecuado-. Los códigos de conducta, los textos institucionales relativos a la mujer, las declaraciones públicas, los manifiestos, etc., se han convertido en campos de batalla donde lidiar en *pro* de la noción de género y en *contra* de la de sexo. Han pasado unos años, y las bases de datos bibliográficos dan cuenta del superior número de estudios acerca del género: por ejemplo, la PsycLIT, la base de datos de la *American Psychological Association* (Fernández, 1996). Otro ejemplo en el mismo sentido: en las universidades norteamericanas proliferan centros, grupos, equipos o colectivos de estudios que en su denominación llevan el término “género”, sinónimo de sexo femenino. En todos ellos se ha seguido el mismo lema.

Eliminada, pues, la noción de sexo o, más propiamente, depurada, aparecen quienes ni siquiera nombrarán ya a éste para oponer su componente biológico al producto social que constituiría el género. Se limitarán a hablar, como señala Landaarroitajauregi (1996), de “aspectos biológicos” del género. Pensando en historia de ciclo largo podrá recordarse que incluso en la sociopolítica de los sexos, la tensión entre el poderoso y el débil había tomado, desde el siglo XIX, un estilo que se proponía deshacer el abismo de la sinrazón y optar por un reparto ciertamente conflictivo pero razonable. Era la línea de los feminismos “conciliatorios”. Y es también la de otros nuevos (Cover, 1996). Visto el fenómeno en un marco histórico de ciclo largo, la supresión conceptual del hecho de los sexos y la instauración del género parece haber tenido la pretensión de constituir un salto cualitativo, destruyendo la raíz misma de un problema viejo, el de la guerra de los sexos. Se diría que es una forma de acabar con la rabia matando al

perro; de romper la baraja para acabar con el juego...

### Las opciones sexuales

Otro *afluente* que ha contribuido a amplificar este fenómeno ha sido la proliferación de las llamadas opciones -en ocasiones nombradas "sexuales" pero que irán progresivamente cambiando de adjetivo por el de género- basadas en la desdibujación de los perfiles operada por la neutralización. Una larga lista de minorías, considerándose excluidas de la normalidad estandarizada, se han ido sumando a estos movimientos, entre la reivindicación social y la protesta, reclamando también su cuota de normalidad, su derecho a la homologación, a la no discriminación por *motivos de sexo*, concepto del que, como de árbol caído, ya todos encuentran justificación para hacer leña.

Es preciso insistir en que el silencio creado en torno a la evolución histórica de la Sexología, ha contribuido a reducirla a una psicopatología a la antigua usanza. Esta aclaración es de capital importancia porque, durante las cuatro décadas primeras del siglo XX, se operó, más que una evolución, una revolución conceptual. Lo que ahora es estigmatizado corresponde a una concepción *decimonónica* del hecho de los sexos. Esto revela hasta qué punto lo que ahora se ofrece como avance supone la vuelta a una confrontación que en historia había quedado superada a principios de este siglo. La historia de ciclo corto no es inteligible sin referencia al largo. El lamentable error de no haber concedido la importancia que merecían esas aportaciones tiene como resultado la involución, haciéndose *tabula rasa* de planteamientos ya debatidos y pretendiendo la resolución de estos problemas sólo en el ámbito de la lucha social. La demagogia se extiende y los planteamientos se re-politizan: dicotomías como "retrógrado-progresista", "represión- tolerancia", etc., vuelven al primer plano de la discusión y, la expresión "opciones sexuales" se convierte en salvaguarda y fórmula para todo.

Los teóricos de los movimientos de la *Reforma Sexual* de los años veinte y treinta habían ampliado el campo de los conceptos y trataron de llevarlo a la divulgación con otro estilo. Se cuidaron mucho de flexibilizar en lo posible sin renunciar a unos mínimos, sin borrar el camino general. Prescindir de los conceptos explicativos para pasar a los políticos había sido ya una opción minoritaria que se cobró cara. Resulta aleccionadora la lectura de los textos que explican la disolución de la *Liga Mundial para la Reforma Sexual*, en 1935, y el debate entre los defensores de primar contenidos científico-profesionales frente a los sociopolíticos, debate que fue lamentablemente abortado por la ascensión de los fascismos (Llorca, 1995); precisamente esos fascismos a los ahora Money alude, y en los que parece no haber pensado cuando pasaba por alto todo el bagaje conceptual previamente elaborado. Treinta años después, y como si nada fuera con él, se decide a apelar a las responsabilidades de los sexólogos para que "*reaccionen contra este antisexualismo aterrorador*".

### "Victimologists"

Hay aún otro afluente que, siempre según el creador del género, se une a los anteriores para aumentar el caudal del antisexualismo. Y si la denuncia de éstos ha podido crear malentendidos y susceptibilidades, aquél los creará con toda seguridad y aún mayores. Se trata de la aparición de toda clase de investigadores de escándalos relativos a los *sexualmente oprimidos*. "*El victimólogo de moda* -escribe Money- *habla mucho de psicología y de sensibilidad social y suele estar muy poco formado en Sexología*", área ésta que reduce a la morbosidad del escándalo con la correspondiente nomenclatura, ahora sí, sexual, y no de género. Es el caso de los abusos, acosos, agresiones y crímenes... siempre sexuales.

Sin duda, los *victimologists* pueden aportar todos los argumentos imaginables puesto que disponen de inagotable material, interminable casuística diligentemente recopilada, desde las

mujeres discriminadas y maltratadas hasta los homosexuales vilipendiados, junto a un sin fin de minorías redefinidas casi a diario con nuevas denominaciones, en las que nunca falta el apelativo “sexual”, siempre bajo el criterio de ser víctimas de la injusticia y la opresión por razón de una u otra forma relacionada con el sexo. Tienen, pues, toda la razón: el *sexo* y el *sexismo* -el uno lleva al otro- son los culpables y por eso es preciso *erradicarlos*.

Con este panorama, el campo de la Sexología se presenta hoy convertido en una carrera de obstáculos cada vez más difíciles de superar. La criminalización del sexo se ha generalizado por todos los flancos posibles: identificado como enemigo de la causa de la liberación de la mujer; objeto de revancha de las minorías *sexuales* oprimidas; asimilado al lastre de depravación e inmundicia de las agresiones y crímenes sexuales... Ante esta situación, la misma idea de concederle una pizca de dignidad atrae toda clase de celos y sospechas. Cualquier intento de disidencia en esta línea resulta peligroso y, por ello, también denunciado. ¿Es la Inquisición reinstaurada?

### Balance

El intento de desarticulación del concepto de sexo se inició como un experimento para dar cuenta, en el marco de un trabajo científico, de una serie de casos minoritarios. Pero la cosecha recogida durante estas últimas décadas ha desbordado ese marco. Si se pretendía explicar y comprender hechos o fenómenos, que es lo que se le pide a una disciplina científica, lo que se ha producido, más que una nueva articulación explicativa, ha sido un proceso de *acoso y derribo* del propio concepto central de la disciplina, *fantasmaticándolo* con toda clase de tergiversaciones.

La generalización de un concepto difuso de la identidad de los sujetos, diluido en una vaga demagogia social, ha terminado por convertirse en la justificación de la substitución de las identidades sexuadas y consistentes por lábiles identidades de género de éterea confi-

guración, en sujetos más dominables y sometibles, que adaptables y flexibles desde una identidad clara para consigo mismo y para con los demás. No sería inútil recordar otro producto, paralelo en el tiempo, conocido como “pensamiento débil”, convertido a su vez en *pensamiento fofo* pero que no ha impedido generar el “pensamiento único”, eufemismo del conocido antes como totalitario. Los que sabían que la sexología era una vaga moral, mezcla de buena voluntad y algarada callejera, de gabinete reparador de intimidades vergonzantes, encontrarán la confirmación en este vacío de pensamiento, otra vez lleno de la vieja moral de la que huían.

Pretender que los sujetos se entiendan a sí mismos como actores que representan papeles, supone la quiebra y el vaciamiento de sus identidades individuales sexuadas, las más quiciales, las que trascienden a otras de carácter ocasional o aleatorio. La postmodernidad, con otra fórmula, ha llamado a esto “ausencia de sujeto”, renuncia a la posibilidad misma de autenticidad y sinceridad, y su substitución por la representación y el simulacro. No deja de ser curiosa esta coincidencia con la metáfora escénica que dictó el concepto de *gender-identity/rol*. Si los hechos no fueran ya dramáticos, se podría ironizar hablando de la supresión de la identidad sexuada y de la conversión del concepto de sexo en el chivo expiatorio de una farsa.

Es necesaria una fuerte dosis de lucidez para mantener la noción de sexo al margen de esta criminalización reaccionaria. Contra el miedo debe quedar claro que el proceso de liberación de la mujer es incuestionable, y que los derechos de las minorías no deben retroceder. Y es igualmente preciso afirmar que esos logros son perfectamente asumibles y ampliables -insisto: ampliables- sin el altísimo coste de esa satanización elegida como atajo.

El debate ahora es cómo pasar de la revancha y la demagogia a la epistemología y los conceptos. Cómo hacer ver, utilizando los términos de Toffler, en *The Third Wave*, que el futuro no está en la estandarización



genérica sino en la diversificación sexual; que el género no es el futuro, sino sólo coletazos finales de la crisis de este ciclo corto de la historia en el que todos los perfiles se han desdibujado: el masculino y el femenino, el heterosexual y el homosexual, entre otros, en sexología, lo mismo que los de izquierda y derecha o los de neoliberalismo y socialdemocracia en política, o los de belleza y fealdad en estética... (Toffler, 1981).

Cómo hacer ver que la ruptura de polarizaciones ha sembrado un “todo es igual y todo da lo mismo”; que la difuminación de los códigos, así como las interdependencias y las interdisciplinidades, se convierten para muchos en mezclas y éstas en caos y desconcierto, situación propicia para las reacciones viscerales más que para la racionalidad. Lo sucedido en Sexología no resulta extraño si se sale de la disciplina y se entra en el cuadro de la situación general. En este caso, el concepto de género ha sido un catalizador que ha intensificado la problemática.

### **Ciclo largo, ciclo corto**

Si nos situamos en una perspectiva de historia de ciclo largo, esta fase descrita no pasa de ser un estado de crisis dominado por el miedo. Un miedo al futuro que impide ver la dimensión que el concepto moderno de sexo tiene como generador de diversidad cuando se exploran sus silenciadas potencialidades. En su lugar se ha optado por huir y refugiarse en la estandarización genérica como clave explicativa. Pero esta *generización* no pasa de ser efecto de ciclo corto en la historia general. El futuro que ya ha empezado, volviendo a los términos de Alvin Toffler, tiene como clave básica el “*post-standardized mind*”, es decir, todo lo contrario a lo genérico.

El entusiasmo por la homogeneización no pasa de ser un ajuste de cuentas con un pasado, más enquistado que digerido, más fantasmático que conocido. Y, en definitiva, una distracción reaccionaria frente a un futuro pendiente de reconciliación entre los sexos, sin duda complejo, muy complejo. Esta situa-

ción no es nueva: siempre se ha recibido con mayor entusiasmo la salida de un ciclo corto que el comienzo de otro en el continuo de uno largo. Y en éste, en el ciclo largo, el concepto moderno de sexo, el de la Sexología, no es una liquidación de restos, sino más bien un generador de riqueza, una invitación a la diversidad y a la variedad.

Es necesario hacer un análisis lúcido y pausado de estos años de escasez teórica. Y de enorme conflicto entre uno y otro sexo, entre los sexos, entre sus modos, matices y peculiaridades ignorados, no admitidos, no aceptados como lo que son: valores propios y singulares de cada sujeto. “Particularidades”, gustaba de decir Hirschfeld; todo lo contrario a “generalidades”.

Con tesón y trabajo, es preciso reexplorar los conceptos de sexuación y sexualidad, de caracteres sexuales y de intersexualidad, para explicarse con detenimiento. En tiempos de crisis una relectura de los clásicos puede ser reconfortante, incluso imprescindible. Las aportaciones de Money han sido de un gran valor para la Sexología y por ello podemos estarle agradecidos, a pesar de este error del *descubrimiento* del género, más ruidoso y distractor que aportador y creativo, y que puede entenderse como una aventura temeraria, cuyos costes -él mismo lo reconoce puesto que lo denuncia- se están pagando caros. Lo mismo que a otros les explotó su propio experimento entre las manos, a Money le ha desbordado su “terremoto teórico”, como él quiso llamarlo. Sólo queda esperar que el resultado sirva para tomar más en serio los conceptos y las ideas por las que, como humanos, nos regimos. También en Sexología.

### **Bibliografía**

- AMEZÚA, E. (1991): Sexología: Cuestión de fondo y forma. *Revista Española de Sexología*, 49-50
- COVER, T. (1996): *Gender is not a synonym for women*. Boulder Colorado. Lynse Rienner.

- FERNANDEZ, J. (1996): Son incompatibles la sexología y la generología. *Anuario de Sexología*, 2, 33-42
- LANDAARROITAJAUREGI, J. R. (1996): El castillo de Babel o la construcción de una sexología del hacer y una generología del deber ser. *Anuario de Sexología*, 2, 5-32
- LLORCA, A., (1995): La liga Mundial para la Reforma Sexual sobre bases científicas: 1928-1935. *Revista Española de Sexología*, 69
- MARAÑÓN, G. (1975): Revisión del concepto de evolución de la sexualidad. *Obras Completas, vol. III*. Madrid. Espasa-Calpe. (Orig. 1937)
- MONEY, J., HAMPSON, J. G. y HAMPSON, J. L. (1955): Hermaphroditism: Recomendations concerning Assignment of Sex, Change of Sex and Psychologic Management. *Bulletin of The Johns Hopkins Hospital*, 97, 284-300
- MONEY, J. (1967): *Hermaphroditism: An Inquiry into the Nature of a Human Paradox*. Ann Arbor University, MI. Harvard University Press, Microfilms. (Orig. 1953)
- (1980): *Love and Love Sickness: The Science of Sex, Gender Difference and Pair-bonding*. Baltimore-London. The Johns Hopkins University Press
- (1982): Introducción a la edición española. En J. Money y A. Ehrhardt, *Desarrollo de la sexualidad humana* (pp. 5-9). (Orig. 1972)
- (1985a): The Conceptual Neutering of Gender and the Criminalization of Sex. *Archives of Sexual Behavior*, 14, 279-290
- (1985b): Gender: History, Theory and Usage of the Term in Sexology and its Relationship to Nature/Nurture. *Journal of Sex and Marital Therapy*, 11, 71-79
- (1986): Professional Biography. En J. Money, *Venuses, Penuses: Sexology, Sexosophy and Exigency Theory* (p. 16). Buffalo-New York. Prometheus Books (Orig. 1974)
- RUBIN, G. (1975): The Traffic in Women: Notes on the "Political Economy" of Sex. En R. R. Reiter (Ed.), *Toward an Anthropology of Women*. Nueva York. Monthly Review Press
- STOLLER, R. (1964): A Contribution to the study of gender identity. *The International Journal of Psychoanalysis*, 45, 220-226
- (1968): *Sex and Gender: On the development of Masculinity and Feminity*. New York. Science House
- TOFFLER, A. (1981): *The Third Wave*. New York. Bantam Books
- VANCE, C. S. (1980): Gender Systems, Ideology and Sex Research. *Feminist Studies*, (6)1, 129-143